

# La tiranía de la edad

CATALINA URIBE



EN DÍAS PASADOS FUE NOTICIA LA extraña historia de Emile Ratelband, un ciudadano holandés que demandó a su Estado solicitando que le cambiaran la edad de 69 a 49 años. El hombre alegó que su edad real no coincidía con su edad emocional, pues a pesar de estar a punto de cumplir 70 se sentía 20 años más joven. Justificó su demanda alegando las dificultades que enfrenta un hombre de su edad para conseguir trabajo y pareja. La corte de Arnhem, como era de esperarse, negó su peti-

ción explicando que no podían eliminar 20 años de registros de existencia.

Esta historia aborda, aunque de manera algo jocosa, un asunto al que quizá nos hemos acostumbrado más de la cuenta: la tiranía de la edad. Una noción que nos dicta a diario formas de actuar y, peor aún, formas de no actuar. La vida se convierte en una lista de lo que se debe haber logrado a los 15, 30 y 40. Hablamos entonces de las "crisis de los 40" porque lo que no se hizo a los 40, supuestamente, ya no se hizo. Y nos inventamos otras tantas crisis y listas para todas las demás décadas. Creamos manuales de cómo hablar, vestirse y arreglarse. Y porque las arbitrariedades tienden a venir en paquete, para las mujeres hay extras. Así, mientras un hombre es un "soltero atractivo" a los 40 o incluso a los 50, a una mujer la "va dejando el

tren" a los 30.

Pero la edad es en muchos sentidos un constructo social. El problema no es entonces, como cree el holandés, buscar cambiar la edad en la cédula, sino empezar a repensar las categorías fijas que la edad supone. Empezar a cambiar el discurso de tal forma que la "vida real" no suceda entre los 20 y los 40 como lo sugieren las películas de Hollywood. Cambiar la idea de que la carrera se estudia a los 20, de que las propiedades se adquieren a los 40, de que el mercado laboral se agota a los 50 y de que alguien que salió del mercado laboral por un tiempo ya tiene su carrera arruinada. Los jóvenes tienden a ser abiertos, arriesgados, impetuosos, innovadores, flexibles y esperanzados. Quien pierda estas características pierde juventud así no tenga más de 20.

# Aritmética

JOSÉ FERNANDO ISAZA



AL PRESIDENTE DEL SENADO, DURANTE el penúltimo debate sobre la corrupción de Odebrecht, se le fue un error al contabilizar el tiempo en el que el fiscal había hecho uso de la palabra: "la intervención empezó a las 8:20 p.m. son las 9:22 p.m.", por lo que ha hablado 102 minutos". Este error surge al definir una hora como 100 minutos y no 60, como es la conversión universal.

El sistema de numeración en base 60 data de los babilonios: dividir una hora en 60 minutos, no en 100, como creía el senador Macías. La circunferencia la dividen en 360 grados, lo que determina que el ángulo recto mida 90 grados. Algunos intentos para modificar esta conversión han fracasado. En un mal chiste se pregunta ¿a qué temperatura hierve el agua al nivel del mar? Se responde: a los 90 grados; se le corrige: los que hierven a 90 grados son los ángulos rectos. La insistencia de los sumerios en la base 60 los llevó a definir el año con una duración de 360 días, pero el error se iba acumulando rápidamente. Los egipcios y los romanos ajustaban en forma satisfactoria el calendario: se decretaban cinco días de carnaval. Como la duración del año es de 365,242190... días, había que ajustar el calendario para que las estaciones se iniciaran a su debido tiempo. En el año 45, Julio César ajustó el calendario añadiendo un día cada cuatro años: el año bisiesto; fue una mejora sustancial, pero la Tierra requiere un poco menos de 365 días y un cuarto para realizar su órbita, así que en el año 1582 el desfase llegaba a 11 días. Por eso el papa Gregorio XXIII introdujo el calendario (que se llamó gregoriano), cuando el 4 de octubre se convirtió en 15 de octubre, y los años terminados en 00 solo son bisiestos y son divisibles por 400, por eso el 2000 fue bisiesto. Como la rusia zarista no había adoptado el calendario gregoriano, la revolución de octubre de 1917 tuvo lugar en noviembre.

Con alta probabilidad, el sistema decimal (10, 100, 1.000...) se originó por tener un ábaco natural: los diez dedos de las manos. La civilización maya cuenta también los dedos de los pies, por eso emplean la base 20 para la numeración. Las computadoras, generalmente, emplean el sistema binario 0-1 para su funcionamiento interno.

A pesar de que el cristianismo romano se rige por el calendario gregoriano, no determina una fecha fija para la Semana Santa, lo cual es una molestia para programar las vacaciones sin un calendario a la mano. El Domingo de Resurrección es el primer domingo que sigue a la primera luna llena después del equinoccio de primavera, el 21 de marzo. La Navidad corresponde, con tres días de desfase, al día más corto en el hemisferio norte.

Un gran lío con las unidades es el uso de los billones y trillones. Para los anglosajones un billón son mil millones; para los hispanos un billón son un millón de millones. El trillón es para los anglosajones mil millones; para los hispanos es un millón de billones o mil. Los científicos evitan esta confusión empleando potencias de 10. Como parece imposible llegar a un acuerdo, puede proponerse el empleo de prefijos de aceptación general por ejemplo 1 kilo peso = \$1.000, 1 mega peso = \$1'000.000, 1 giga peso = \$1.000 millones, 1 tera peso = \$1 millón de millones. El millardo (mil millones) está incurriendo y se evita el uso ambiguo del billón. Esta solución puede ser menos costosa que quitarle ceros a los pesos.

## Osuna



Fajos al menudeo

# Historia y olvido

YOLANDA RUIZ



EL ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE Pablo Escobar nos trajo desde el más allá otra vez la imagen del capo, sus delitos, los dolores que nos generó y que nos siguen golpeando. Con ese regreso en el tiempo apareció el debate de nunca acabar: los que quieren olvidar y piden a gritos que no se hable del personaje para que el país salga del estigma de ser la patria de Escobar y los que creen que no se puede borrar la historia, aunque duela. Pertenezco al segundo grupo. Nos guste o no, la violencia del narcotráfico, como la violencia política, forma parte de nuestra historia y entender lo que nos ha pasado puede ser también parte de la sanación, si algún día la logramos.

Negar el pasado no es el camino, esconder la cabeza puede ser un alivio temporal, pero al final nos pasará factura. Sobre los muy interesantes especiales de diversos medios de comunicación noté una opinión recurrente: eso es hacer apología al delincuente. No vi en ninguno de los reportajes una defensa de Escobar y lo que sentí era más bien la necesidad de revivir un dolor que nos marcó, una rei-

vindicación de las víctimas y un tratar de comprender el fenómeno que sigue vivo en su esencia. No tenemos un capo mayúsculo, pero el narcotráfico sigue siendo uno de los grandes problemas del país, la violencia está ahí, las platas manchadas de sangre han permeado la sociedad y la cultura mafiosa del dinero fácil y "todos tienen precio" está incrustada en muchos escenarios de nuestra sociedad carcomida por la corrupción.

No se puede reescribir la historia, pero muchos lo intentan. Hoy buena parte del país, gracias a una estrategia política exitosa, niega la existencia de un conflicto armado que nos ha desangrado. Eso nos ha impedido entender la guerra que hemos librado por más de medio siglo y ha sembrado de minas el camino hacia la reconciliación, del cual estamos lejos a pesar de la firma de un acuerdo importante. No podemos coincidir todos en la manera de interpretar lo que pasó, porque hay sesgos ideológicos y políticos, pero los hechos no se pueden cambiar y están ahí: hemos estado en guerra más tiempo del que se puede aguantar, el narcotráfico sigue y Escobar fue un personaje real que marcó como pocos al país. Demoler el edificio Mónaco no cambia eso, no va a revivir a las víctimas ni a reparar el daño que nos hizo como sociedad ese hombre que simboliza el mal, aunque no es el único que ha sembrado de muerte y dolor este país.

Es posible que derribar los restos del capo sea un acto simbólico que ayude a algunos a sanar, pero es también borrar un pedazo de la historia. Nuestros hijos y nietos deben saber lo que fue esa época oscura, porque no la queremos repetir. Por estos días, quienes vivimos como adultos los años finales de la década de los 80 estamos caminando en el borde de un precipicio que nos jala hacia el pasado porque se van cumpliendo aniversarios importantes de momentos que nos agredieron en carne propia. Somos sobrevivientes de esa violencia que mostró su peor cara en esos años. Escobar nos golpeó a todos, nos marcó, nos cambió la vida y muchos apenas lo han notado.

Parte del exorcismo de esos demonios es recordar, hablar, hacer esa catarsis colectiva. No es promover la imagen de un capo, es sanar el alma de un país que no acaba de llorar su duelo. A mí en lo personal me ayudó mucho un cuento del nuevo libro de Juan Gabriel Vásquez, *Canciones para el incendio*, que recomiendo sin duda a los que tenemos memoria de esos años dolorosos: *Los muchachos* es un relato que refleja cómo la violencia toca y se impregna en el alma porque no pasa impune por la vida de nadie. Escobar nos agredió y no mencionarlo es intentar borrar lo imborrable. El problema no es nombrarlo, es lo que su existencia nos dejó como herencia.